

al alcance de la mentalidad infantil.

Muchos son las consideraciones que se podrían hacer ante una obra de esta naturaleza, pero sólo queremos establecer que no es ésta la forma hon-

ta y el camino apropiado para contribuir a la divulgación y al mejor conocimiento de la poesía de la lengua española en nuestro continente.

Pascual Venegas Filardo

---

---

## CANDIDA INERTE

Por Arturo Camacho Ramírez

A mi modo de ver, la más alta conquista de los poetas de ahora es haber recobrado para la poesía su perdida jerarquía intelectual. Entre gentes que creen todavía en el rayo poético, en el lanzaso a flor de costado, esta empresa, que por verdadera podría ser fácil, se convierte en una dificultosa tarea de educación. Aquellos buenos tiempos, que ya glosé anteriormente, en donde las señoras incluían al verso en la lista de recetas caseras y los maridos lo consideraban insuperable digestivo para después del chocolate, aquellos buenos tiempos van pasando y los más desorientados y cariacontecidos tendrán que, silenciosamente, liar bártulos de polémica.

Ahora la poesía es una tremenda labor de inteligencia, la minuciosa tarea de fijar el aroma, el rumor, el vago anhelo... La responsabilidad de traducir lo que apenas se percibe, el doloroso trabajo de aclarar lo impalpable. Ahora la poesía no

es un capricho del ánimo. Es algo que desciende de la imaginación a la sangre por reclamar de ella su leve caudal disminuído, su calor y color, su movimiento... ahora la poesía es lenta elaboración, tortuosa búsqueda, arduo aprendizaje por la belleza. Ahora quien intente incursionar sus neblinosos cielos ha de ir, sensibilidad alerta, descubriendo la emoción escondida, la vaga esencia, el color que sólo se define en el sueño. Es esta reconquista de nuestros poetas su mayor victoria apuntada. Pero, no lo neguemos, también su más grande peligro. Hay necesidad de decirlo y que la voz salga de quienes sienten el corazón de la causa. Nó, nó es teorizar inútilmente. Es sentir un peligro que duele por cercano. La poesía es una alta labor intelectual, la más alta de todas, nó una especulación intelectual. En ésto cifra, el mayor peligro que anoto. Dueños de una prodigiosa sensibilidad, de un delicado caudal

de expresiones, de la responsabilidad que la belleza entraña, algunos poetas nuestros causan la sensación del frío. Descifra la fórmula que velan, el país de lo inefable sigue cerrado. Entendida la sugestión, lo sugerente no aparece. Quienes se hayan dado a la lectura apasionada de la poesía pueden constatar cómo un poema se impone primero a la emoción que a la inteligencia. Momentos antes de captar la idea, de deducir la intención, la niebla dorada que envuelve al verso causa la sensación turbadora. Es como aspirar una flor que no hemos visto aún. Es una manera de recoger lo que el poeta no pudo realizar en signo sensible. Y es esa especie de elación, de frontera indefinida, lo que constituye el ambiente poético. Y lo que hace también al poeta. Digase lo que se quiera, el poeta no puede ser un creador de fórmulas frías, abstractas, que hablen a una sola parte de la imaginación. El poeta es un hombre. Un herido. Un hombre en capacidad de ser herido. El poeta es el indagador, el revelador... y es ésta última condición su verdadera razón de ser. El poeta descubre, explora. Veladas músicas, livianas esquinas de aire... El poeta es el vidente, el medium, la "alzada antena". El poeta es otro dios de belleza, grande por el impulso con que deslumbra y con que hiere...

Entre los poetas jóvenes, es Arturo Camacho Ramírez quien

da un mayor calor de humanidad. Desde sus primeros poemas ya se afirmaba esa trémula desolación de hombre, tanto en "Trinchera de eternidad" como en la ingenua memoria de "Caracolí sin flor". Pero "Espejo de Naufragios" guardaba todavía cierta frescura de quien no quiere decir todo. La mujer, apenas doncella, iba cortando ríos, con el seno de las amapolas, capitana de brisa y nube. En "Cándida Inerte" el poeta es un viadante, agobiado y clamante entre muros de sangre y esfuerzo. Es el hombre, desbordado en el caudaloso río del sexo, cortado a grito y pregunta bajo la noche llena de signos oscuros. Viajero al arrecife del llanto en donde rompe la carne la tibia marea de los besos... ¡Ah! qué turbio es el fondo de la muerte y cómo van las manos, peces enloquecidos, socavando sus aguas subterráneas! Y cómo duele el tacto en su búsqueda inútil y qué lejos está la playa de la voz! ¡Ah! bajo la noche mineral de la muerte cómo sigue el deseo la huella de su espanto! ¡Cómo asalta la última frontera, cómo recorre el linde de la ficción! Es el hombre vigía, tambaleante y engañado, que vuelve sobre el laberinto del sueño buscando lo perdido. Es la dulce fiebre de los brazos, el racimo del torso llamando desde lejos. Es la arcilla del vientre prometiendo el imposible anclaje. Pocas veces nos es dado oír acento de tan patética angustia, de tan vivo clamor como el de "Cándida

Inerte". El poeta canta la odisea de un hombre por sus sedientos mares, sólo y ciego, adonde la sangre ya no practica su vuelo lento y vertical. Es el hombre buscando nuevamente su encarnación misteriosa, entre las pausas del desvelo, por un país sin distancia, en el juego de un espejo frente a otro espejo, mientras el mundo se llena de señales y niebla. Es el ambular por la comarca de los sentidos presintiendo el arribo de la alcoba. Es el dolor de todo hombre vuelto al impulso primitivo en el vértigo de la mujer y la muerte...

Arturo Camacho Ramírez realiza en "Cándida Inerte" una profunda y admirable labor poética. Con vigoroso idioma,

lleno de novedad y riqueza, justo en el verso, firme en la idea, el poeta nos da la medida de la pasión, la amarga experiencia del hombre ante el terrible amor humano.

Influido, indudablemente, por Pablo Neruda, el poeta ha logrado encausar la influencia a una concepción original, realizada con palabras propias, emocionadas y ardientes.

Hay poemas como el 3º y 4º tan bellamente logrados, que cuentan entre los mejores que yo haya leído.

Y que, en el marco del libro, afirman nuevamente al poeta su puesto de avanzada en la poesía americana.

Daniel Arango

---

## Alimentación de la clase obrera en Bogotá

Por el doctor José Francisco Socarrás, Rector de la Escuela Normal Superior y profesor de la Universidad Nacional.—Publicación de la Contraloría General de la República.—Bogotá.

Esta meritoria obra de investigación científica y estadística del doctor José Francisco Socarrás está inspirada por la más desinteresada emoción colombianista. Su autor —que adelantó en la Escuela Normal Superior una silenciosa y difícil labor de redención educativa— es un profesor y un patriota que con su ensayo ha prestado un

aporte de gran valor en el estudio de la realidad colombiana, de la cual —como dice él mismo— todos hablamos y nadie conoce.

Globalmente, el estudio constituye una juiciosa y concienzuda investigación sobre los problemas de la alimentación, especialmente en cuanto se refiere a la clase obrera bogotana.